

malos en el sur). Estas respuestas registran, además, modos particulares de una distribución de lo sensible cuya capacidad para producir conocimientos en el orden intelectual se generan afectivamente, de modo que las emociones inducidas son también una manera de entender esos contextos sociales y los sujetos que de ellas provienen desde la diferenciación absoluta entre “América” y Latinoamérica. Así, por ejemplo, cuando Bush aborda el análisis en contraste de *No Country for Old Men* y *Casa de mi padre* observa que la película de los renombrados hermanos Coen redunda en una serie de estereotipos asociados con el tráfico de drogas fronterizo, que enfatizan el despliegue descontrolado de la violencia de una alteridad abyecta mediada en el personaje de Anton Chigurh (Javier Bardem), pero también en la presencia fantasmática de México que desde la distancia opera como el espacio donde se produce una maldad incomprensible sólo posible de ser contenida por el límite real y simbólico de la frontera. Por esa misma razón, la película de Piedmont se instaura como una contracara de esas imágenes negativas de la frontera, porque desde la comedia y la exageración melodramática enfatiza el comercio de las drogas en el lado de los consumidores, esto es, en la demanda americana abastecida por los productores del sur dentro de la lógica comercial del capitalismo auspiciado y defendido por el norte global.

El libro ofrece una comprensión bastante lúcida y sustanciosa de los modos en que se constituye imaginariamente la alteridad latinoamericana a través de los afectos nega-

tivos como respuestas a ese enfrentamiento ficcional con el otro. Pero quizá lo más importante del trabajo de Bush sea mostrar el impacto negativo de estas imágenes más allá del consumo cultural, puesto que estas terminan ingresando como formas de saber en el campo de la política. Y es ahí cuando las cosas pasan de la ficción a la realidad.

José Eduardo Cornelio
Ursinus College

Paolo de Lima, *Poesía y guerra interna en el Perú (1980-1992)*. Segunda edición. Lima: Editorial Horizonte y Fondo Editorial Facultad de Letras y Ciencias Sociales UNMSM, 2023, 351 pp.

Si se quiere saber qué ocurrió con la poesía peruana en la década del 80 del siglo pasado, este libro (cuya primera edición apareció el 2013 en Nueva York) es una referencia obligatoria. Escrito con erudición, sumamente documentado, nos encontramos ante una investigación que ha trabajado con diversas fuentes y bajo la mano de un autor que conoce, como nadie, los hechos que ocurrieron con los grupos literarios durante esos años.

Este es un libro importante para la historia literaria del Perú reciente. Reflexiona sobre autores que todavía no han sido suficientemente estudiados (Raúl Mendizábal y Dalmacia Ruiz Rosas) y, al mismo tiempo, añade un nuevo ángulo para observar la poesía de otros sobre los que ya se tienen algunos estudios críticos (Eduardo Chirinos, José Antonio Mazzotti, Roger Santivañez, Domingo de Ramos).

La estructura del libro diferencia dos momentos: la poesía escrita durante la violencia y la poesía escrita como reflexión posterior a la violencia. El presupuesto es que la violencia se infiltra en la poesía independientemente de la voluntad de los autores. Existen, en efecto, poemas que no parecen tratar sobre la violencia, pero el análisis revela que ella está ahí, latente, mediante una imagen alegórica que no es realista, que no necesariamente es mimética, pero que aparece como un sustrato que presiona a la forma literaria para marcarla con su huella.

Ahora bien, si la poesía de los ochenta dialoga con esa historia, con esa presión, con ese “afuera”, la crítica literaria necesita de herramientas interdisciplinarias para poder realizar su oficio: necesita de la historia, las ciencias sociales, el saber de los derechos humanos y de las herramientas de la teoría crítica. El libro parte de la teoría literaria clásica, pero la argumentación busca articularla con el saber académico en general.

Es claro que la presión de la violencia política descentra y recentra la escritura literaria. La descentra porque el horror rompe con las formas tradicionales del decir poético, pero, a su vez, la recentra, porque todos estos autores “toman posición”, es decir, descubrieron otro ángulo para entender lo que sucedía y no dudaron en construir una voz afirmativa.

Frente a dicho escenario los poemas no se quedan en el puro fragmento. El libro muestra que se trata de voces situadas frente a lo que cada una pudo establecer una respuesta simbólica. En el caso de Chirinos, hay un desconcierto que

busca de simbolizar las causas. En los casos de Mendizábal y Mazzotti ocurre una profunda identificación con las víctimas. En los de Roger Santiváñez y de Dalmacia Ruiz Rosas existe una impresionante salida del mundo disciplinado de la civilidad. Y, en el de Domingo de Ramos, se representa el desquiciamiento de la cultura peruana en el marco de una sociedad heterogénea y desbordada que nunca puede ajustarse a la ley y que nunca ha podido construir consensos mínimos.

Podemos decir, en suma, durante los años 80 la poesía peruana tuvo el coraje para asumir el horror y el trauma, pero al mismo tiempo, para intentar construir algún sentido nuevo en el medio de la barbarie. Estos poemas pusieron en escena que la “verdad” no es exactamente una “buena” palabra en el Perú. Más bien se trata de algo obscuro, un trauma, algo que nombraba la desigualdad, la exclusión y la barbarie de los puros intereses privados. Lejos de ocultarla, manipularla o negarla, la poesía intentó poner siempre esa verdad en escena.

Digamos que, al leer el libro, el lector se da cuenta de que la poesía hizo todo lo que la política no hizo ni ha hecho. En el Perú, como sabemos, la política no procesa, no entiende, no simboliza y no hace duelo. Más bien, niega, oculta, excluye y silencia. Como se viene diciendo, hoy nos encontramos ante un presente que es puramente presente. El modelo impuesto solamente busca hacer negocios desentendiéndose del pasado y, por supuesto, del futuro. Por eso Walter Benjamin decía que lo que caracteriza al contexto actual es la pérdida

de la experiencia: un presente que ha quedado vaciado de contenido, porque ya no tiene un pasado que lo estructure y porque tampoco tiene un futuro que lo oriente. Si en el Perú actual los poderosos han logrado manipular la historia, contaminar el lenguaje y vaciar el presente, este libro intenta ser una repuesta a todo eso.

Víctor Vich

Pontificia Universidad
Católica del Perú